

Del corazón delatarán los versos.  
Vayan lejos de tí bajas envidias,  
Torpe infección de espíritus vulgares,  
Que jamás halla entrada en los sublimes,  
Y es de mediocridad signo indeleble.  
Negra rival del mérito la envidia,  
Lazos le tiende en las doradas aulas,  
Y no pudiendo erguida hasta él alzarse,  
Por igualarle á sí, le echa por tierra.  
Nunca en tan bajas miras te deprimas,  
Que no lleva al honor tan vil sendero.  
Sé consiguiente, y la amistad cultiva:  
No basta ser en los escritos grato,  
Sino amenó en el trato y las costumbres.  
Muévate amor de gloria, y no vil lucro,  
Que es de infame escritor indigno objeto.  
Bien sé que esperar puede un alma noble  
De su fatiga el premio, mas me indigno  
De ver que celebrados escritores,  
Infieles á la gloria, hambrientos de oro,  
Se vendan del librero á los salarios,  
Y hagan tráfico vil la arte divina.

## ORÍGEN DE LA POESÍA.

Antes que, usando el dón de la palabra,  
Dictára la razón leyes al hombre,  
De seiva en selva y de uno en otro prado,  
En busca del sustento, andaba errante;  
Y á merced de sus rústicas pasiones,  
Derecho era la fuerza, con que impune  
La robustez airada era asesina.  
Mas luégo del discurso la armonía  
Logró templar tan bárbaras costumbres;  
Pues las dispersas tribus, atraídas  
De sus oscuros bosques, en ciudades  
Pudo asociar, de muros circundadas;  
Dando la ley, servida de suplicios,  
Asombro al malo, aliento á la inocencia,  
Gloria tan alta á los primeros versos  
Es fama se debió: de aquí se dijo  
Que al sonoro cantar del dulce Orfeo,  
Embelesados los agrestes brutos,  
Su furor olvidaban; y las piedras,  
Movidas de Aníon al són suave,  
Se iban llegando al pié de la alta Tébas,  
Hasta elevarse en portentosos muros.  
Tanto en su oriente alcanza la armonía.

Lengua del cielo fué despues el verso:  
Desde el pecho en furor de un sacerdote  
Lanzó versos proféticos Apolo;  
Homero, antiguos héroes recordando,  
Inflama en verso el bélico ardimiento;  
Muestra Hesíodo en métricas lecciones  
Al tardo campo á acelerar las mieses:  
Así, en cadentes páginas escrito,  
El verso dió el saber á los mortales,  
Las saludables máximas llevando  
Al corazón por el suspenso oído.

Justo incienso á las Musas bienhechoras  
La Grecia dió por tan feliz portento,  
Y aras de gratitud alza á su gloria.  
Mas ¡ay! que acude la vileza luégo,  
Tras la indigencia, á degradar el Pindo;  
Amor del lucro infesta los talentos,  
Mentiras bajas manchan los escritos,  
Que, destinadas á comercio infame,  
Ponen á precio el genio y la armonía,  
Jamás vicio tan torpe te ennegrezca:  
Cuando la sed del oro te devore,  
Huye las limpias aguas de Aretusa,  
Que no en riqueza abundan sus orillas;  
Y al cantor grande, como al héroe excelso,  
Sólo fama y laurel ofrece Apolo.

Mas no de humo se vive únicamente  
(Me oigo decir); mal puede un triste vate,  
Hambriento y pobre, resistir el grito  
De la necesidad en sus entrañas,  
Ni entre laureles pasearse ayuno.  
Nunca viera sus Ménades Horacio  
Sin apurar alegre el buen Falerno;

Y sí, cual Colletet (1), sólo aguardára,  
Para comer, la paga de un soneto.

Es cierto; mas no aflige á nuestro Pindo  
Tanta escasez; ¡por qué abrigar tal miedo  
En un siglo en que el astro más benigno  
Sus rayos vuelve hácia las artes bellas?  
Hoy de indigencia al mérito redime  
Alto favor de un príncipe ilustrado (2)  
Musas, dictad su gloria á vuestros hijos,  
Y es la mejor lección que podeis darles:  
Nuevo Corneill (3) conságrese á su nombre,  
Al par del que pintó Cides ú Horacios;  
Que un Racin (4), dando á luz prodigios nuevos,  
Retratos suyos forme en nuevos héroes;  
Que al labio de las lindas Banserada (5)  
Dicte en elogio suyo amables versos:  
Segré (6) le lleve al campo en sus idilios,  
Y en su honor lance el epigrama dardos.....

Mas ¡qué autor tan feliz en otra *Eneida*  
Al Rhin medroso llevará este Alcides?  
¡Qué docta lira al són de sus hazañas  
Hará mover los montes y las selvas;  
Sabrá cantar al bítavo asombrado,  
Que, temiéndose náufrago, se inunda;  
Ni tantos aterrados batallones  
En *Mastricht*, cuyo espanto el sol ilustra?

Canto yo; y en los Alpes nueva gloria  
Junto al vencedor rápido me llama:  
Caen *Dola* y *Salines* (7), y humeando  
La fulminada *Besanzon* sucumbe.  
¡Qué es de los fuertes que en fatales tramas  
Ostentábanse dique al gran torrente?  
¡Acaso piensan detenerle huyendo?  
¡Fundan su gloria sólo en evitarle! (8).  
¡Qué de arrasados muros! ¡qué de rotas  
Falanges! ¡qué de gloria y de laureles  
En su carrera rauda arrebatados!  
Redoble el estro en su loor, poetas,  
Para que el verso alcance á honor tan alto.

Yo, que hasta aquí, en la sátira nutrido,  
Nunca entonar osé trompa ni lira,  
Sabré mostrarme en campo tan ilustre,  
Y acordaros con voces y miradas  
Estas lecciones que mi musa, áun jóven,  
Del trato recogió del buen Horacio:  
Vuestro ardor concitando al fin glorioso,  
Premio y corona os mostraré de léjos;  
Mas también perdonadme si, celoso,  
Separo el oro á veces de la escoria,  
De autores necios los defectos noto;  
Censor molesto, aunqu oportuno á veces,  
Más que apto á producir obras perfectas,  
A reprobar las malas inclinado.

## SÁTIRAS.

## I.

## CRÍTICAS DEL TEATRO.

## ADVERTENCIA DE ARRIAZA.

El teatro español, cuya prodigiosa fecundidad en piezas originales ha servido por mucho tiempo de emu-

(1) *François Colletet*, autor de *La Muse coquette* y de otras poesías detestables. (Nota del Colector.)

(2) Luis XIV. (Id.)

(3) *Corneille*. (Id.)

(4) *Racine*. (Id.)

(5) *Isaac de Benserade*. Compuso muchos versos cortesanos para las fiestas de Luis XIV. (Id.)

(6) *Jean Regnaud de Segrais*. poeta académico, autor de novelas y de idilios en su tiempo muy estimados. (Id.)

(7) Celebra las conquistas de Luis XIV en las plazas de Holanda y Franco Condado. (Id.)

(8) Alude al famoso general austriaco *Conde de Montecúculi*, que blasonaba de haber logrado evitar la batalla. (Id.)

lacion y asombro á las demas naciones, se ve en el dia oscurecido y abrumado por el sinnúmero de traducciones del frances con que, presumiendo enriquecerle, le han empobrecido los mezquinos traductores. No son regularmente las obras de los primeros ingenios de Francia las que nos regalán, sino producciones medianas ó de segundo órden, cuyo principal efecto y artificio consiste en preparar, por medio de una serie de diálogos prolijos y mal hablados, una catástrofe horrorosa é inverosímil, como son los asesinatos alevosos, ejecutados con todos sus atroces pormenores á vista del espectador; los tribunales de justicia, con todas sus fórmulas pesadas y antipóéticas; y últimamente, el espectáculo asqueroso de los cadáveres destrozados en los cadalsos.

En tales monstruos escénicos hemos estado bebiendo, sin sentir, las máximas, usos y costumbres de la revolución francesa, en vez del honor y fina cortesanía que nos recuerdan nuestras antiguas comedias. Uno de los dramas que se granjearon más número de esta clase de admiradores fué la que se intitula tragedia de *Blanca ó los Venecianos*, pieza contraída á las circunstancias particulares de la conquista de Venecia por los franceses, y en la cual, para derribar un gobierno, por quien era el estado veneciano una república rica, independiente y llena de prosperidad, se le procuraba hacer odioso, y excitar el interes á favor de un frances aventurero. Éste da motivo á la tragedia con querer casar con la hija de un senador, contra la voluntad del padre, que la queria dar á otro senador (como es el órden); y el frances, desde una capilla, en que tenía cita con la niña, escaparse á la llegada del padre, por un agujero á casa de un embajador; lo que estaba prohibido con pena de muerte por una ley, con que empieza la accion dramática; hasta que, llamado el frances á juicio, no se quiere disculpar, de rabia porque el carcelero le dijo haber visto casarse ya á su querida; y así sufre la pena de garrote, de que se da espectáculo al público con ridicula y asquerosa perspectiva. Esta pieza, tan hija de la política napoleónica, fué ejecutada con la más rigurosa pantomima ó imitación de los actores de París: esto es, con gritos, gestos y aullidos del mal gusto moderno en aquella capital. De todo lo cual se burla el autor en la siguiente sátira, de un modo bastante distinto para poder prescindir de la vista de los originales.

## REFLEXIONES DE ENTRE-ACTOS

## HECHAS

EN LA TRAGEDIA DE «BLANCA Ó LOS VENECIANOS».

C'est un droit qu'à la porte on achète en entrant.  
(BOILEAU, *Art poétiq.*, chant III.)

¡El Senado en el foro á qué se junta?  
¡Qué negocio le trae?—¡Brava pregunta!  
El ver unos amores de novela  
Mejor que desde el patio ó la cazuela.  
—No es mala impertinencia de señores;  
Vaya, diviértanse los senadores;  
Pues con su compañía reverenda,  
Cuatro retrucecanillos de contienda,  
Un frances entre tantos sacristanes,  
Que se mueven cual mazos de batanes,  
Y entre dos de ellos de familia un pacto,  
Cátate concluido el primer acto.  
—¡Hola! Censor, pasito, con sosiego;  
Aquí tu laconismo es puro griego:  
Por uno que te entienda ó te interpreta,  
Hay ciento de cuchara de bayeta,  
Y con aquel candor con que han tragado  
Dos tribunales y un ajusticiado,  
Clamarán: «¡Impostura manifiesta!  
Digo, ¡es lance de amor una ley puesta

En tela, y áun dictada, que condena  
A todo embajador á cuarentena?  
¡Y un espion frances hecho togado  
Porque de un soplo aseguró un estado?»  
Esto dirán, y quedarán muy vanos.  
—¡Sí? pues yo les diré: Besoos las manos,  
Señores; mas prosigan su camino,  
Que yo hablo sólo aquí con mi vecino,  
Que al ver escena plena y tanto estruendo,  
Todo es rascarse y bostezar, diciendo:  
¡Qué es de la exposicion, que no la hallo!  
¡Cuándo sale, con treinta de á caballo,  
Pues abertura anhelan bien brillante,  
Ese protagonista que nos cante:  
«Aquí verán el fin más desgraciado  
Del hombre más sin gracia enamorado!»  
—Yo, por más que le digo que allí votan  
Senador al que luégo le acogotan;  
Que la causa es amor, y éste el suceso  
Que anuncia de Venecia el gran congreso,  
Y á más que hay procesion; calla ó me humilla  
Diciendo ser tragedia gigantilla,  
Con enorme cabeza y cuerpo enano.  
El hombre es material, se aplica al grano;  
En punto de interes no gasta flema:  
Yo, por no airarlo más, sigo en mi tema;  
Que el interes de accion se queda intacto  
Despues de concluido el primer acto.

Segundo. ¡Lugar nuevo, escena aparte?  
Pues vamos con la música á otra parte.  
Ya tenemos á Blanca la rollona  
Muy cariacontecida y remonona,  
Que quiere, si el autor no lo remedia,  
Casarse.—Pues que vaya á la comedia.  
—No señor; que la anima el gran deseo  
De morir cual esposa de Teseo,  
Y ya por este mes le llega el turno  
De ensangrentar con gloria su coturno.  
—Vaya, pues que se muera como pueda;  
Y el viejo torbellino es quien lo enreda,  
Proponiendo á la chica un matrimonio  
Con quien no puede ver más que al demonio.  
¡Y el novio? Ellos se entienden, por supuesto,  
Y era la primer vez que hablaban de esto;  
Resortes son del arte, aunque no exactos,  
Pero excelentes para llenar actos.  
—Resorte que del arte es el oprobio  
(Grita el vecino); y sin mentar el novio,  
¡Quién vió jamas matrimonial contrato?  
¡Cómo pudo ese viejo mentecato  
Pensar llegase á adivinar su hija  
Que para yerno suyo el padre elija  
A su antiguo rival, si ella es testigo  
De que á él se le sentaba en el ombligo?  
¡Esta es tragedia, fábula ó conseja?  
—Esos sí son escrúpulos de vieja,  
Y ésta es una de aquellas fruslerías  
Que yendo dias y viniendo dias  
Suceden una vez: no es ley expresa  
Que ocurra en sociedad de sobremesa,  
En visita, en paseo ni en el coche,  
Y ocurrió en el teatro aquella noche.  
No hay que dudarle, el viejo es un buen hombre,  
La Blanca ¡un alma! así como su nombre;  
Y esta credulidad, que ofende á tantos,  
Es lo que yo les hallo de más santos.  
Márchase el viejo á prevenir la dote,  
Como diciendo para su capote:  
La chica ya se hartaba de soltera,  
Y por casar se casa con cualquiera.  
Y aquí entra Moncasin: á muy buen tiempo  
Viene con sus requiebros de entretiempos;  
Pues casi ya le abraza la muchacha,  
Cuando hétele que, en chupa y sin garnacha,  
Capelo, el personaje de interes,  
Aunque no el ménos bobo de los tres,  
Sale diciendo: Yo soy el dichoso.  
Blanca está lela, Moncasin celoso,  
Capelo en babia, y regañando á trio,  
Se dicen poco, malo, turbio y frio;  
Se comunica á la luneta el hielo,  
Y el telon, de fastidio, viene al suelo,

—No viene al suelo, que sé tiene en vilo;  
Ni así, oh censor, de tu tijera al filo  
Cercenar quieras el mejor pasaje,  
Cuando Capelo dice en buen lenguaje:  
Tres en lance de amor? alguno sobra;  
Yo me voy, perdonad la mala obra.  
Que se quedan los dos mustios, sombríos,  
Temblando en convulsión de celos fríos,  
Que él incendios vomita por el pronto;  
Mas luego de la niña á un *calla*, *tonto*,  
La bandera pacífica tremolan,  
Y que se arrullan y que se atortolan.  
—Déjame, pues tan lindo te parece,  
Si no quieres que silbe, que bostece.  
Yo he de ver vuelto en frío parasismo  
Ese rayo del fuego del abismo  
Llamado amor, pasión gigante y fiera,  
Que no halla en leyes freno ni barrera,  
Término en la razón que la deslinde,  
Que se arroja á la muerte, y no se rinde?  
Alma de Fedra, infierno de Hermione!  
¡Quién en bocas tan frías te pone!  
Que en dos escenas no hallan más consejo  
Que el de implorar á un negativo viejo;  
¡Qué viejo, ni poder, ni padre media  
Ante el trágico amor! que si en comedia  
Es risueño y versátil cortesano,  
En la tragedia es déspota tirano.  
Y he de oír, no su estilo conveniente,  
Apasionado, enérgico y ardiente,  
Sino la turbia y tibia algarabía,  
Como entre Septentrion y Mediodía,  
Siempre glosando aquella frase rancia  
De sensibilidad y de constancia,  
Nunca escogida, y siempre chabacana,  
Que á nuestra pobre lengua castellana  
Levanta mil franceses testimonios?  
Venga abajo el telon con mil demonios.  
Tercer acto. Yo debo estar enfermo,  
Porque aquí está lo bueno y yo me duermo.  
Sobre el cambio de un novio, que alla odia,  
Sale Blanca á cantar la palinodia  
Jugando de entendique y de penséque.  
«Pícaro, dice barbas de tembleque,  
A ver el novio; y se aparece entre ellos.  
¡Quién lo trajó? El autor por los cabellos.  
El mismo que ántes hizo noche al viejo,  
Diciendo lo llamaban á consejo,  
Y el que se lleva con cualquier pretexto  
Al mueble que en la escena le es molesto.  
No bien se han visto, y se arma la camorra,  
Y los gritos del juego de la morra:  
En vil figón á convertirse viene  
La grandiosa mansion de Melpomene:  
Todo es equivocar con el exceso  
De dos perros que rabian sobre un hueso,  
Su expresión noble y su clamor sublime;  
Pero el pulmon por más que los anime,  
Nunca en el corazón serán sentidos  
Furores que desgarran los oídos.  
—Señor, que aquí hemos visto muchos meses  
En Francia declamar.—¡Y los franceses  
Sólo saben gritar? ¡Y qué, esas gentes  
No hacen llorar un rato á sus oyentes?  
¡Y semejante zambra y gritería,  
Tal disonancia y confusión podría  
El tono ser jamás que inmortalice  
Las lágrimas de Tito y Berenice!  
Talma el modelo fué: ¡oh! que ese Talma  
Podrá prestar su gesto, y no su alma.  
El pasmo de la escena es cuando el viejo  
Se está en sus trece; y el bribón cortejo  
Se echa á sus piés á hacer la gatatumba,  
Y luego le da un grito que le tumba.  
Malo ve el pleito, y lo remata á voces,  
Se retira hácia atrás, ojos atroces,  
Gesto..... pero el pincel aquí refreno,  
Que en mala situación no hay actor bueno.  
¡Quién no dirá, tras de una voz tan recia,  
Que quien la dió se tragará á Venecia?  
Pero nunca dirán con más razón,  
Grito de montes, parto de ratón.

Acto cuarto. Aparato penitente,  
Lámpara, altar, y Blanca la doliente,  
Que ántes de dar al duro yugo el cuello  
Tiene dada una cita al frances bello  
En la misma capilla.—Pero, boba,  
Mejor que la capilla era la alcoba:  
¡No habrá lugar para un favor siquiera?  
¡No ves que Barba-cana allí te espera,  
El señor cura y toda la pandilla,  
Que te quiere casar con el golilla?  
Si ellos vienen, cuitada, ¿en qué escondrijo  
Lo podrás ocultar?—¡Qué quieres, hijo?  
La fatalidad trágica me asedia.  
—Hija, es verdad, fatal es tu tragedia.  
Por lo que es cuenta, el tibio galán llega,  
Le propone la fuga, ella se niega,  
Y no sé yo si el sitio de la cita,  
El santo altar, ó lámpara bendita,  
Les sugiere la fuerte tentación  
De ponerse los dos en oración.  
Sin duda se diría por tal caso  
Que amor y devoción distan un paso.  
Y estando de rodillas los devotos,  
Haciendo, en vez de amor, extraños votos  
De no tener más celos (que es empeño  
Como el de no tener hambre ni sueño),  
Sin dejarles decir amén siquiera,  
Cátate la legion casamentera,  
Que á turbar viene el místico recreo  
Cantando letanias á Himeneo;  
Y tras de tanto triunfo y tanta gloria,  
Que la tragedia omite, y aun la historia,  
El héroe paladin de las bravatas  
Se va por un boquete medio á gatas,  
A lo ratón, que enfila el agujero  
Cuando siente la llave en el granero.  
Los tiranos se agarran de la hermosa,  
Y al enlazar su mano con la odiosa  
Del Senador, la ninfa se amortigua;  
Y aquí, amigos, la historia no averigua  
(No será estilo en trágicos enredos)  
Si á lo ménos las manos por los dedos  
Se llegan á tocar, ó dando en vago,  
La bendición nupcial quedó en amago.  
Muchos el matrimonio dan por huero;  
Mas lo abonamos yo y el mandadero.  
El, porque á Blanca vió tendida y yerta  
Al pié de un novio y con la mano abierta;  
Siendo ¡quién sabe! estilo veneciano  
El dar la pata á la que da la mano;  
Yo, por ver sólo un medio en tal pasaje  
De introducir á un nono personaje,  
Quien sin tener carácter bien notorio  
Al pobre Moncasin ni al auditorio,  
Es de su muerte el móvil fidedigno;  
Resorte igual no es del coturno digno.  
No es sostener cautiva en esta parte  
Nuestra ilusión, que es la verdad del arte;  
Ni es dar al nudo solución bastante,  
Ni es conducir la acción interesante  
A su fin necesario y lastimero,  
Sino arrastrar la res al matadero.  
El quinto, no matar da el catecismo,  
Y el precepto de Horacio da lo mismo:  
No matar en la escena, ó por lo ménos,  
No destrozarse los corazones buenos.  
Esto al autor de Blanca importa poco,  
Nos trata como á niños con el coco;  
Nos ofrece por acto un desvarío  
Como noche de invierno negro y frío:  
Nos hace el *bú* con lúgubres capuces,  
Foro enlutado y funerarias luces,  
Anuncios del entierro del buen gusto;  
Mas lo improbable anansa cualquier susto.  
¡Cómo, si es compasivo el carcelero,  
Se divierte en burlar al prisionero?  
Pues aunque pudo ver la nupcial hacha,  
Nunca vió se casase la muchacha.  
Será la sombra del poeta acaso,  
Que fuerza el lance por salir del paso.  
¡Dónde está ese carácter tan honrado  
De Capelo, que viendo que el culpado

Es su triste rival, incontinente  
No se tiene por juez incompetente,  
Se levanta ligero de la silla,  
Y cuelga de una percha la golilla?  
Y aquel secretar con el fantasma  
Padre, que al cabo ha de morir de asma?  
¡Tanto sin caridad bufa y rebufa!  
¡Tanto sacude la peluca bufa!  
Y el otro juez de palo allí tendido  
Mientras los dos se hablaban al oído,  
Tostando una poltrona, hecho un panarra,  
Tocándose en la tripa la guitarra?  
¡Qué diré del hipócrita Capelo,  
Cuando entra Blanca y se levanta el velo,  
Que pide se examine aquel testigo,  
Que se suspenda el bárbaro castigo,  
Y nos la viene á echar del justo juez  
Cuando al otro le han roto ya la nuez?  
Si la maldad humana es tan impía,  
Nunca engaña con tanta grosería:  
Tribunal tan infame, si es que existe,  
Melpomene orgullosa lo resiste.  
¡Patíbulo en las tablas! ¡vil capricho!  
Remendon de coturnos, ¡quién te ha dicho  
Ser fuente de las trágicas pasiones  
El que es lecho de muerte á los ladrones?  
¡No sabes, infeliz, que no conviene  
Sino el noble puñal á Melpomene,  
Cuya herida, y la sangre que derrama,  
Al cadáver que cubre nunca infama?  
¡Que la sangre vertida es lastimosa,  
Y sangre agarrada es asquerosa?  
¡Que el terror es placer de almas sensibles,  
Y el horror, de canibales horribles?  
¡Que deslumbrar los ojos, y no el juicio,  
Es de linterna mágica el oficio?  
Déjale sus ahorcados y sus brujas;  
Mas si en la escena tú la sobrepujas,  
Algún niño, es verdad, romperá el llanto,  
Alguna madre abortará de espanto;  
Pero el varón sensible y de buen gusto  
Oye cuál grita con desprecio justo:  
¡Y sólo á Moncasin le dan garrote!  
¡Pues qué, el autor no tiene su gañote!  
Asesinar el gusto es su delito;  
¡Por qué no va si quiere ancho, expedito,  
Juntar gran turba, y jueces bien propicios,  
De gente que se educa en los suplicios,  
Con sus ajusticiados á la plaza,  
Y el trono de Racine (1) desembaraza!  
¡Oh musa! tú, cuyo favor implora  
Ultrajado el Buen-Gusto, y, vengadora,  
Los dardos todos armas, en su auxilio,  
De Juvenal, de Persio y de Lucilio,  
Serena el pecho airado, y sin enojos  
Vuelve un momento los amables ojos  
Hacia el vate á quien rígida fulminas:  
Tú verás que del Pindo en las colinas  
Á resonar su nombre á veces viene,  
Que favorable á veces Melpomene  
Su inspiración le vierte en larga vena,  
Y de su patria atónita la escena  
Al ver á Oscar, ó Mario el de Minturno,  
Tembló bajo la estampa del coturno.  
Si aquel genio que entonces ha brillado  
Es ya un astro sangriento y eclipsado,  
Vuestra es la culpa, ¡oh musas inconstantes!  
Que hoy arruináis al que elevásteis ántes,  
Vuestros caprichos son vuestras excusas:  
¡Oh leve sexo! ¡oh sueños de las musas!  
Al mismo Homero alguna vez fatales,  
¡Por qué dormís también las inmortales!  
Y vosotros, en fin, paisanos míos,  
Que incautos á los nuevos desvaríos,  
Vais á templar las penas verdaderas  
Con alegres ó tétricas quimeras  
En la escena, la moda halló el secreto  
De que arrumbeis de Lope y de Moreto  
Las piezas por antiguas ó ramplonas;  
¡Y al fin, qué os da? Francesas cucamonas.

(1) Racine.

Débil para arredrar vuestro deseo  
La lluvia ó nieve, henchis el coliseo.  
¡Y allí qué veis? El cielo me confunda  
Antes que oír la loca baraunda  
Con que, en honor del desbarrado ingenio,  
Hacéis temblar los arcos del proscenio,  
Y aplausos dais que Apolo no reparte.  
¡Pensais gozar de Sófocles el arte  
Cuando de horrendas farsas sois testigos?  
¡Ah! perdonad; no es eso ver, amigos;  
Eso es tener dos ojos en la cara,  
Hechos como con palo en simetría,  
Por donde entra la luz común del día,  
Mas no los rayos de la ciencia clara.

## II.

## CARTEL DE COMEDIAS (2).

Hoy lunes, fiesta pascual,  
En obsequio al nombre real,  
Se iluminará el corral  
Con esperma de sartén,  
Que hará á los ojos muy bien,  
Y á los vestidos muy mal.  
Habrá gente hasta el portal,  
Empujon, grita y vaiven,  
Y en un drama colegial,  
Que tradujo no sé quién;  
Una niña de reten,  
En papel sentimental,  
Se las tendrá ten con ten  
A la dama inmemorial  
Del *Desden con el desden*.  
¡Y en los Caños del Peral,  
Que es teatro principal?  
La orquesta sonará bien  
Si zurrán bien al timbal;  
Mas para lo sustancial,  
Que es festejar á *aquel sol*,  
Que un día al *orbe español*  
Ha de dar lustre cabal,  
Habrá auto sacramental  
Sacro-místico-moral,  
Que en tono lacrimonial  
Recordará al pecador  
El pecado sucesor  
Del pecado original.  
La atención será mortal  
Mientras la versión se estrena  
De un retazo de misal;  
No la de la *Magdalena*,  
Sino de un buen oficial.  
Habrá fervor y atrición  
Por terror y compasión;  
Y al dar el golpe fatal  
De la mandíbula asnal  
Sobre el cráneo fraternal,  
Pondrá el señor director  
Junto á cada espectador  
Un buen vaso lacrimal.  
Lo que es pompa teatral,  
Esa sí, no tendrá igual.  
Traje, el que del padre Adán  
Heredó San Sebastian,  
Que no arruinará el caudal,  
Porque no es más que un pañal.  
La comparsa pastoral  
Tan vestida al natural,  
Que yo apostar no me atrevo  
Que si pasare casual  
La ronda de *pan y huevo*,  
No los lleve al hospital.  
La escena hácia Palestina,

(2) En un mismo día de gala y cumpleaños del Príncipe de Asturias, parece se concertaron los teatros de la corte en representar dramas lúgubres, como fué, en el llamado *de la Cruz*, la triste comedia del *Duque de Pentievre*, y la *Muerte de Abel* en el de los *Caños del Peral*, con una opereta, por añadidura, con el título del *Duelo*; de todo lo cual, y de la circunstancia de suplir una muchacha de doce años el papel de la famosa *Rita Luna*, hizo el autor este jocoso anuncio en 1803.

Como quien vuelve la esquina  
Del paraíso terrenal;  
Decoración celestial  
Con nube negra y mohina;  
Viento, trueno y culebrina,  
Voz del cielo, y no divina,  
Sino un poco catarral,  
Que con su arenga eternal  
Prueba sin anacronismo  
Que en tiempo antediluvial  
No se inventó el laconismo  
En la corte celestial.  
Y con una ópera igual,  
Que emigró de un funeral,  
Se fijará estacional  
En cada esquina un cartel;  
Y nadie leerá en él  
Sino Abel y más Abel,  
Y el primer odio mortal  
De los primeros humanos,  
Hasta el primer besamanos  
Que se sé del Juicio final.

## III (1).

## A UNA COMEDIA.

Dulce entretenimiento de mi vida,  
Engaño lisonjero de mis horas,  
Lección de la virtud más perseguida;  
Comedia que en tus versos atesoras  
Tanta moralidad, que me parece  
Te compuso el autor comiendo moras;  
¿Cómo tan sin razón desaparece  
Tu divertida farsa de un teatro,  
Que aplausos nuevos cada vez te ofrece?  
Después que por ahí dicen más de cuatro  
Que el padre que te hizo merecía  
Lo hicieran en Sevilla veinticuatro (2).....  
Chichones en la frente; y á fe mía  
Que la máscara estaba por quitarme,  
No pudiendo sufrir más la ironía.  
Mas, pues tuve paciencia para estarme  
Tres horas calentando la luneta,  
Sin sacar de sustancia ni un adarme,  
No será bien que á crítico me meta;  
Antes alabaré con mil amores  
A la pieza, á la musa y al poeta.  
Tú, Rufino, entre todos los autores  
Sabes hacer llorar cuando te ries,  
Sabes hacer reír por más que lores.  
¿Pues qué, si entre cristianos y zegríos  
Te hallas de molde en la leyenda un lance?  
Al punto en tres atajos lo deslies;  
Tomas el trocuello del romance,  
Que entre cristiano y moro lo equilibras,  
Y no hay un mosquetero que te alcance.  
Que si se le hinchan del testuz las fibras,  
Por versos, no hay temor; tu número diestro  
Los pare á libros, y los vende á libras.  
Puedes gloriarte, sin igual maestro,  
Que tu comedia, á fuerza ya de oírta,  
La saben todos como el Padre nuestro.  
¿Y quién podrá abstenerse de aplaudirla,  
Viendo que va los vicios derribando,  
Como la bola que los bolos birla?  
Pruebas no debe ser siempre tan blando  
De la mujer el corazón afable,  
Sino duro también de cuando en cuando.  
Que en vez del abanico gasten sable  
Para echar con modestia un brazo abajo  
Al que en ley de modestia no les hable.  
Que tengan libertad y desparpajo  
Para encerrarse á solas con un moro,  
Sin temer les suceda algun trabajo.  
Y siendo ella preciosa como un oro,

(1) Fue hecha esta sátira contra la comedia titulada *La Judit castellana*, y en ella se critican los defectos comunes á este género de comedias, entre historial y romanesco, aunque en realidad inverosímil y ridículo. Casi al mismo tiempo atacó Moratin este vicio en el teatro, con *El Café* ó *La Comedia nueva*.

(2) Dábase este nombre á los regidores de algunas ciudades de Andalucía.

Y el moro más travieso que Tarquino,  
Mantenga invulnerable su decoro;  
Pues sólo la requiebra con el fino  
Lenguaje de un arriero en el empeño  
De caérsele un macho en el camino.  
Ella se duerme, y él le guarda el sueño;  
Pero empieza á gritar como una urraca:  
¡Abdemelik, Abdemelik, mi dueño!  
Hay una mora, que es la parte flaca,  
Y por mostrar la pobre algun recelo,  
A poco más le dan con una estaca.  
Quedan los dos amantes pelo á pelo,  
Judit dormida, el bárbaro impaciente,  
Y en esta situación se corre el velo;  
Quedándose tan fresca allí la gente,  
Sacando para sí una consecuencia,  
Que, á mi ver, tiene mucho de indecente.  
No es menos verosímil la apariencia  
Cuando, buscando al Conde de Castilla,  
Y fiados del moro en la conciencia,  
Va de los castellanos la pandilla  
Por la cárcel pegando tropezones,  
Sin llevar un candil ni una cerilla.  
¿Y andando por tan lóbregos rincones,  
No han de pensar que el moro los embroma  
Aquellos santos inclitos varones!  
Pero luego el devoto de Mahoma  
Los va metiendo á todos en la trena (3),  
Y él las de Villadiego al punto toma.  
Conde y más conde por la cárcel suena,  
Armándose un maldito vocerío,  
Que á sempiterno conde nos condena.  
Uno tropieza en él, ¡pasaje impío!  
Y sobándole á tientas un carrillo,  
Dice con frialdad: «¡Ay, que está frío!  
»Que saquen luz»; y al punto un monaguille  
Sin más ni más saca un hachón de á vara,  
Como si lo llevara en el bolsillo.  
Que si él desde el principio lo sacara,  
Á los pobres leales castellanos  
Más de cuatro porrazos les ahorrára.  
Todos, ya por los pies, ya por las manos,  
Se agarraron á él con furia ansiosa,  
Como corren al toro los alanos.  
Y al resplandor del hacha luminosa  
Uno de la devota compañía  
Hizo la oración fúnebre famosa,  
Empezando por una letanía  
De condes y más condes, que Morfeo  
Narcótico mejor no inventaría.  
Enternecióse todo el coliseo  
Cuando las alabanzas escucharon  
Del derrengado conde mustio y feo.  
Las débiles mujeres le lloraron,  
Y dicen se llenó más de una espuerta  
De perlas que sus ojos derramaron.  
Con gestos tristes y la boca abierta  
Todos están llorando, hasta las mulas  
De los coches que estaban á la puerta.  
Hielo (que fuego no) por mis medulas  
Corre, Rufino, viendo la viveza  
Con que nuestras pasiones estimulas.  
Ya de Judit la singular viveza  
Á Abdemelik, después de diez y nueve,  
Hoy va á cortar la última cabeza.  
Insensible es aquel que no se mueve  
Á llorar, á rabiar como un muchacho,  
Por más que tenga el corazón de nieve,  
Mirando al pobre Abdemelik borracho,  
Y á Judit que le lleva hácia la cama,  
Donde le piensa dar tan mal despacho.  
¡Oh lección de moral para una dama!  
Que por más que la envidia se la muerda,  
Siempre al autor celebrará la fama.  
Sale después, y á fe que no era lerda,  
El alfanje en la diestra, y empuñando  
Un cabezon de turco con la izquierda.  
La sangre que las tablas va regando  
Diera horror, si tan claro no se viera  
Ser un pingajo que le va colgando.

(3) La trena, la cárcel; voz del dialecto gitanesco.

Modelo de virtud la más austera,  
En la mujer se quedará esculpido,  
Si es la mujer alguna verdulera.  
Y al filósofo autor será debido,  
Si mañana á otra niña se le antoja  
Ir á hacer la experiencia en su marido.  
Pero yo lloraré mientras despoja  
El aquilon de pámpanos las viñas,  
Y á revolver el ancho mar se arroja.  
Mientras el hielo cubre las campiñas  
Lloraré que el teatro no florezca  
Con esta ó semejantes socialinas.  
Lloraré que en las tablas no parezca  
*La Judit castellana* otras cien veces,  
Aunque el gusto del crítico padezca.  
¡Oh público español, pues lo apetece,  
Que siga Abdemelik sacando cuellos,  
Y la Judit cascándole las nueces!  
Que mientras embodado esteis con ellos,  
Yo admiraré la fuerza y la viveza  
De la musa que canta en versos bellos:  
*La Discordia levanta su cabeza* (1).

## IV.

## EL POBRE DIABLO.

## SÁTIRA AGRI-DULCE Á FLORA.

Si fuera mio, como fué de Fídias,  
Manejar el cincel maestramente,  
Dejara memorables tus perfidias,  
Ingrata Flora, á la futura gente.  
No pienses amoldará á tu figura  
Bronce ó mármol tenaz; tal es mi estrella,  
Que aunque la viera ser de piedra dura,  
Era capaz de enamorarme de ella.  
Antes, ingrata bella  
(No te puedo nombrar sin requiebrarte),  
Los esfuerzos del arte  
Agotara mi ingenio  
Para hallar copia á tu voluble genio,  
Buscando entre sirenas ó crúeles  
Esfinges de que hacer símbolos fieles  
De tus interminables variedades  
Y tus innumerables crueldades;  
Mas ¡qué sé yo si te amo todavía!  
No puedo hacerte mal, y te lo haría  
Si quisiera verter por esta pluma  
La hiel que has derramado en mi alegría.  
Si de tu vanidad la blanca espuma,  
Si de tu ingratitud la negra tinta,  
Y tu encarnada liviandad te pinta,  
Quedará un tricolor en el traslado,  
Que el diablo se dará por retratado.  
Pero son unas armas tus defectos,  
Que aunque para vengarme las aplique,  
No las sé yo tomar sin que me pique.  
No faltarán modelos muy selectos  
De que sacar las gracias, los encantos,  
Y hacer un figurin muy de tu gusto,  
Pero que pueda dar al miedo un susto.  
Estos originales,  
¿Sabes, Flora, quién son? son mis rivales.  
¡Cómo! ¿te enojas ya? ¿Me haces espantos?  
¿Qué culpa tengo yo de tus caprichos?  
¿Por qué has amado tan extraños bichos?  
Figúrate, Florita, por un rato  
Que yo soy tu escultor, y que en resumen  
Tomo un rasgo de cada mentecato  
De cuantos ser tus ídolos presumen:  
Bien ves que en el retrato,  
Aunque yo de mi ciencia echase el resto,  
Saldría un pobre diablo, por supuesto.  
Como ya es éste el último regalo,  
No te lo haré de piedra ni de palo,  
Sino de la materia más preciosa,  
Cual conviene á una dama melindrosa,  
Que subdivide un dulce haciendo muecas  
Entre docena y media de babiecas,  
De marfil, de azabache y de granate  
Será. Prevenle un buen escaparaté.

(1) Oda á la Paz, por el Conde de Noroña.

¡Hermoso atar de día blo! Por la cola  
Determino empezar, parte integrante  
De un diablo, y que se pega en el instante  
Al simplon á quien haces la mamola.  
Todos eran colíferos tus muebles;  
Pero la que yo al mio le dispongo  
Será la de aquel fatuo monicongo  
De las patas tomables;  
Quien por tomarte palco y carruaje  
Se alzó con tu cariño y mis desfalcos;  
Y era muy propio de él, que en su pelaje  
Se me antojaba un cobrador de palcos.  
Ente sin gracia, ni virtud, ni vicio,  
De cuyo cuerpo y alma el ejercicio  
Es dar los buenos días, romper coches,  
Comer, fumar y dar las buenas noches.  
Pues mi diablo irá alegre con su cola  
Como si le colgaran una estola.  
Ahora bien, no ha de ser el diablo cojo,  
Piernas ha de tener; pues las escojo  
En aquellas tan débiles y curvas  
Del bobo.... Pero, Flora, ¿tú te turbas?  
¡Hola! ¿conoces hablo del muchacho,  
Seis días tu cortejo,  
Abate marimacho,  
Mitad mujer y otra mitad cangrejo,  
De quien hizo pintura tan profética  
Horacio, al principiar su arte poética (2).  
¿No hablaré yo del fatuo indefinible,  
A la par insensato é insensible,  
Que posee tres lenguas las más bellas,  
Y nunca sabe qué decir en ellas?  
¿No quieres hable de él? Pues ya no hablo;  
Pero sus piernas vayan á mi diablo.  
Ya necesita un cuerpo mi modelo;  
Coqueta mía, á tu inconstancia apelo:  
Ella me hace acordar de aquel enorme  
Barrigón montaraz con uniforme,  
Por quien se dijo al veros mano á mano:  
«¿Esa muchacha va á escoger amantes  
Al Gabinete, sala de elefantes?»  
Bien acredita, Flora, aquel indiano  
Que no siempre te pagas de hermosura,  
Pues con un as de oros en la mano,  
No le fallas á nadie la figura.  
¡Oh qué escena tan rara en aquel día  
Presentaba á los ojos tu belleza,  
Su fealdad, y mi mortal tristeza!  
El amor nos miraba, y se reía.  
¿Cabeza? lleve el diablo la del lindo  
Héroe de tu pasión la más sublime,  
Que aunque ella no contenga, si se exprime,  
Más sesos que una pera de Longuindo,  
Es, por lo tanto, tierna, almibarada,  
Tan débil, que perdiera la chabeta  
Si se viera obligada  
A aprender ni aun dos líneas de gaceta;  
Y formas triunfen, que el talento es grilla;  
Mas no lo tengas, Flora, á maravilla,  
Que cuando se vió Jove sin un cuarto,  
Porque con Danae se gastó un tesoro,  
No cuenta Ovidio que se fué á su cuarto  
A morderse las uñas, ni hacer versos  
Largos, pesados, cual los hace Floro,  
Que si se le hinchan del testuz las fibras,  
Los pare á libros y los vende á libras (3);  
Sino que, más tunante,  
(¡Oh maldito retruécano!) el Tonante  
Se convirtió en gentil lúbrico toro  
O en cisne candidísimo y canoro,  
En cuyo fuego ardieron como estopa  
El corazón de Leda y el de Europa.  
La moral es de bulto, ella nos clama:  
«Dejad de los estudios la molestia;  
Para obligar á una bonita dama,  
Basta con ser una bonita bestia.»  
¡Dura sentencia! de que yo me alejo,  
Pese al viejo rector de las estrellas;

(2) Destinat in piscem mulier formosa superne.

(3) Este verso y el anterior se hallan ya en la sátira *A una comedia*. (Nota del Colector.)

Que el sexo abunda de excepciones bellas,  
 A cada instante desmintiendo al viejo:  
 ¡Ojalá, oh Flora, fueras tú una de ellas!  
 A tal cabeza es fuerza correspondía  
 La oreja del Esopo (1) atrabiliario  
 Que, cuando te metiste á sabijonda,  
 Tomaste por cortejo literario,  
 Quien de un tordo ó de un ganso en compañía,  
 No sé si por instinto, ó por capricho  
 De abonar el refrán de *Dios los cria*,  
 Glorioso se despierta cada día  
 A decir mal lo que otros bien han dicho:  
 Que criado entre libros, embutido  
 En libros, y de libros mantenido,  
 Se tiene por un crítico severo,  
 Como lo es cualquier mozo de librero.  
 A sus fábulas llama originales:  
 Bien hecho; que si no, dirán los bobos  
 Que le ha robado á La-Fonten (2) las sales,  
 A Pedro las raposas y los lobos,  
 Y al fabulista griego las morales.  
 Pero eso ya es hacer juicios perversos:  
 Dile, Flora, que en ello no se meta,  
 Pues todo el mundo dice, al ver sus versos:  
 «Esto no es cosa de ningún poeta.»  
 Pero ¡cómo sin cuernos la cabeza  
 De un diablo? quejaránse los pintores.  
 No lo permitas, niña, que á las flores  
 En tu inconstante seno producidas,  
 Regadas con tus lágrimas fingidas,  
 Y ventiladas por tus ayes tiernos,  
 El fruto luégo ¡cáspital son cuern.....  
 Prosigo mi labor..... pero ¡qué digo?  
 ¡Fatal mujer! ¡siempre ha de ser mi suerte  
 Perder el seso y delirar contigo?  
 Trabajar sin materia es cosa fuerte;  
 Pues aunque más me presten tus amantes  
 Mamarrachos bastantes  
 Para treinta retablos,  
 Y colocar una legión de diablos,  
 Si este pequeño, que á tus piés dedico,  
 Ha de ser tricolor, gracioso y rico,  
 ¿Dónde hallaré materia para ello?  
 ¡Adónde el azabache oscuro y bello,  
 El marfil blanco y los granates rojos?.....  
 En tí, Florita, en esos negros ojos,  
 Púrpura boca, alabastrino cuello.  
 Mas ¡ay! que si le doy en abundancia  
 Las prendas que en tí lucen, mientras hablo,  
 Le pegará las alas tu inconstancia,  
 Y se me escapará mi pobre-diablo.

## V.

## LA FÁBULA DE LAS FÁBULAS.

## Advertencia.

En unos años en que reinaba en la corte una plaga de fábulas (como la pudiera haber de tercianas), satirizaron al autor en una de ellas, haciendo decir mil disparates á un pobre *Alano* y un *Perdiguero*, introducidos á conversacion con Apolo por uno que se firmaba *Roman de Pinos*. En respuesta se hizo la siguiente, que restañó el flujo de fabulizar que atormentaba al crítico, con sumo gusto de Madrid, y para sosiego del arca de Noé, de donde hacia la requisicion de alimañas para interlocutores de sus fábulas.

(1) Este Esopo debe ser el autor de la fábula satírica con que atacaron al nuestro en el *Diario de Madrid*, de quien se defiende en la composicion anterior y en la presente: sucedia esta competencia literaria en 1798. Todas las de esta naturaleza no se deben considerar sino como esgrimas de ingenio, que estimulan el amor propio sin herir á fondo la verdadera estimacion de los autores.

(2) La Fontaine.

## FÁBULA.

## LA RAPOSA Y LOS PERROS DE ROMAN.

Fiero tropel de coces y patadas,  
 Y de galopes dura trapisonada,  
 Dejaba estremecidas y atronadas  
 Las comarcas del Pindo á la redonda;  
 Eran los animales, que á bandadas  
 Abandonaban las antiguas cuevas,  
 Corriendo á guarecerse en otras nuevas,  
 De un sátiro al furor más ignoradas.  
 De pánico terror sobrecogidas,  
 Las opuestas especies confundidas  
 (Que suele hacer amigos la desgracia),  
 Iba corriendo, igual en eficacia,  
 Junto al torvo leon el tigre fiero,  
 Y junto al lobo el tímido cordero.

En estas confusiones una Zorra,  
 Que iba tambien huyendo del fracaso,  
 Mas echó el guante á una gallina al paso,  
 Empezó á cavilar: «Ya que una corra,  
 A lo ménos sepamos nuestro daño;  
 No sea que el engaño  
 A perdicion me traiga,  
 Y por huir el mal, en el mal caiga.»  
 Dice, y revuelve los sagaces ojos;  
 Y entre unos pinos (¡San Roman me asista!)  
 Dos Perros se le ofrecen á la vista,  
 Mustios, caidos, magullados, cojos,  
 Y aullando en tiple á modo de cerrojos.  
 La Zorra, al arrostrar el caso horrendo,  
 Un salto dió hácia atrás; cuentan algunos  
 Que fué de compasion, y otros, más tunos,  
 Dicen que fué sintiendo  
 Que no fueran gazapos los tullidos,  
 A quienes interrumpe los aullidos.

Así la muy ladina,  
 Lamiéndose de plumas de gallina  
 El falso labio, meneando el hopo  
 (Que asimismito lo refiere Esopo),  
 «¿Quién os derrenga las robustas ancas,  
 Hermanos canes, con indigno trato,  
 A tí, Alano, á pesar de tus carlancas,  
 Y, Perdiguero, á tí con tanto olfato?  
 Mas si el dolor vuestra oratoria corta  
 Y no podeis contar vuestros apuros,  
 Vamos á lo que importa;

Decid: ¿dónde estaremos más seguros?»  
 Levantando el hocico de la tierra,  
 El Alano responde en lengua perra:  
 «Guay, guay de tí, Raposa, si no corres;  
 Que aunque cayeran sobre tí cien torres,  
 Fuera ménos que el mal que nos derrenga.  
 Guay, guay que no venga

El sátiro que caza  
 Con una de las dos puertas de Gaza,  
 Que Sanson transportó sobre los lomos.  
 La máquina que á todos pone susto,  
 De que nosotros ya víctima somos,  
 Es un tablon de pino el más robusto,  
 Barreado de versos, como plomos,  
 Tachonado de ripios, como clavos,  
 Y pobres consonantes á los cabos,  
 Forzado cada cual con su cadena.  
 Este tablon, que él llama á boca llena  
*Fábula original*, con pobre orgullo,  
 Es quien nos tiene en un continuo aullido,  
 Pues lo dejó caer sobre nosotros,  
 Y allí embutidos como en duros potros,  
 Perdidos de dolor hasta el instinto;  
 Sugiriéndonos el tal laberinto  
 De vaciedades, y una prosa en rima  
 Tan áspera, tan ruda é importuna,  
 Que es más dulce tener la tos perruna.  
 Las fieras, con temor de que las halle  
 Y las derribe el *fabulario* encima,  
 Unas se arrojan de la cima al valle,  
 Otras del valle trepan á la cima.»  
 Mientras el derrengado se lamenta,  
 La sorda baraunda se acrecienta;  
 Tiembla la firme tierra, rebatida

Con tanto golpe de pezuña hendida:  
 Estallaban los duros alcornoques  
 De los fugaces ciervos á los cheques,  
 Que topando con ellos ciegamente,  
 Desenramaban la frondosa frente;  
 Y en medio de esta broma  
 El fabulero cazador asoma,  
 El ancho y rudo fabulon alzado,  
 Y al que coge debajo lo desloma.  
 La Zorra, encaramada en un collado,  
 Apenas le ve, dice: «Toma, toma,  
 ¡El Sátiro no es éste que algun día  
 Se llamó en el Parnaso *Traga-libros*,  
 Y febo lo expulsó porque veía  
 Que los tragaba y no los digería?»  
 Cuando en virtud de la ferrada tabla  
 Se hallaron los cuadrúpedos con habla,  
 Y las primeras voces  
 Que llevaron los céfiro veloces,  
 Y los primeros ecos  
 Que revocaron los profundos huecos,  
 Gritaban á los mártires caninos:  
 «*Roman de Pinos*, guay, *Roman de Pinos*.»  
 Mientras clamaban todos, la Raposa  
 Se burla y pone piés en polvorosa.  
 De esta fábula, tú (ni yo tampoco),  
 Lector amigo, aunque te vuelvas loco,  
 Podrás sacar moralidad ninguna.  
 Por ella no se ve que la fortuna  
 Ayude al más valiente ó más cobarde;  
 Que debamos morir pronto ni tarde,  
 Ni cuáles de virtud son los caminos;  
 Sólo avisa al buen gusto que se guarde  
 De fabulones de *Roman de Pinos*.

## VI.

## FABULILLA (1).

## EL RUISEÑOR, EL CANARIO Y EL BUEY.

Junto á un negro buey cantaban  
 Un ruiseñor y un canario,  
 Y en lo gracioso y lo vario  
 Iguales los dos quedaban.  
 «Decide la cuestion tú»,  
 Dijo al buey el ruiseñor;  
 Y metiéndose á censor,  
 Habló el buey y dijo: *Mu*.

## INSCRIPCIONES.

Recordando el mérito de la difunta Marquesa de Santa Cruz, con motivo de las bellas obras de su mano que se expusieron en la Real Academia de San Fernando.

En pintar tan extremada,  
 Como bella en su figura,  
 Era la mejor pintora,  
 Y era la mejor pintura.

Al busto de su amigo don Francisco Solano, cuya actitud es estar mirando con intrepidez.

¿Qué estás mirando?— El nimen de la gloria.  
 ¿Qué le pides?— La muerte ó la victoria.

Al busto de la señora Rita Luna, en calidad de trágica.

Si algun mortal tan insensible vive  
 Que de esa tu expresion siendo testigo,  
 Dolor igual al tuyo no recibe,  
 No le pidas al cielo otro castigo  
 Más que el mismo rigor que le prohibe  
 El dulce bien de suspirar contigo.

(1) Se hizo contra quien, sin nociones de gusto, criticaba lo que no entendia.

Al busto del célebre Carlos Fox. (Traducida del inglés.)

Pisó las sendas gloriosas  
 Del patrio amor más constante,  
 Siempre sereno el semblante  
 Entre borrascas facciosas;  
 Nadie sin admiracion  
 Fué de sus luces testigo,  
 Y nadie sin serle amigo  
 Conoció su corazon.

AL DUQUE DE ALBURQUERQUE,  
 muerto en Inglaterra de una pasion de ánimo originada de su propio pundonor.

## EPITAFIO.

Grande en la cuna y en la lid valiente,  
 En Talavera, en Alcabon glorioso;  
 Fué en las puertas de Alcides al torrente  
 Del galo audaz antemural dichoso;  
 Y viendo al fin que con maligno diente  
 Se acercaba la envidia al lauro hermoso  
 Que en su frente el honor dejó enlazado,  
 Murió con sólo imaginarlo ajado.

Para los arcos triunfales preparados por la heroica villa de Madrid para celebrar la entrada de S. M. á su vuelta de Francia.

*Sobre el arco de enmedio, que era imitacion del de Tito en Roma.— Incripcion en prosa.*

¡Fernando! ¡Fernando! ¡Fernando!  
 Elegiste el cautiverio, y abandonar tu cuello inocento  
 A la cuchilla de un verdugo,  
 Antes que derramar la sangre de tu indefenso pueblo.  
 Pero de éste la prodigiosa constancia  
 Fatigó á la ambicion misma.  
 Desmayaron los brazos del atónito tirano.  
 Madrid decora con el arco triunfal de Tito el camino  
 De tu libertad.  
 Entra, y descansa en el trono de tus mayores.

*Sobre el de la derecha.*

Tiniebla y luz á un tiempo no es posible,  
 Ni estar vicio y virtud al par reinando:  
 Cayó Napoleon, cometa horrible,  
 Y álzase y brilla el astro de Fernando.

*Sobre el de la izquierda.*

Hijos, haciendas, leyes y exenciones,  
 Todo nos lo robó la tiranía;  
 Mas robar no logró los corazones,  
 Y allí Fernando oculto residia.

*Sobre otro arco junto á la casa de Villa; en nombre del Ayuntamiento.*

La cabeza del pueblo que fué osado  
 A insultar al tirano en su victoria,  
 Hoy rinde á su monarca recobrado  
 Homenaje de amor y eterna gloria.

En una de las rejas de la casa del Excelentísimo señor Duque de Alagon.

Ni al nacer más deseado,  
 Ni al vivir más perseguido,  
 Ni á más precio rescatado,  
 Cual tú, Fernando adorado,  
 Principe en el mundo ha habido.  
 Sol eres, que al despuntar,  
 En un mar de llanto un día  
 España te vió eclipsar,  
 Y hoy vuelve á verte entre un mar  
 De lágrimas de alegría.